

ridad, la humildad, la modestia, y las santos exemplos de los Christianos. Pacomio, aquel pismo de los desertos, Padre de millares de Monges, esta fue su conversion. Siendo Gentil, y Soldado de Licinio, enemigo de la Fé, entró en Thebas, vió la modestia, el ajuste de los Christianos, la caridad con que le servian, siendo sus perseguidores, y esto bastó, para que desde allí convertido volara à una tan estupenda santidad. Qué le dió à la Iglesia à un Agustino, à este prodigio de saber, à este asombro de la santidad? El mismo lo dice. Oír allí à Simpliciano la conversion de Victorino, Varon sapientissimo, y arder al punto su corazon à su exemplo: *Ubi de Victorino ista narravit, exarsit ad imitandum.* Leer luego la vida del grande Antonio, y volar à su imitacion.

Mas qué traygo exemplos? que no hay tiempo para millares. Quántos acá, solo de vér en el otro la modestia, se alentaron à seguirla? Quántos de vér la obra buena, corridos de no hacerla, la imitaron? Quántos convencidos de un buen exemplo, abrazaron con veras la virtud? Ah, olor de Christo, y lo que puedes? De las palomas, dice S. Basilio, que sahudas con cominos, olor de que gustan, quantas en el ayre se le acercan, atraídas de aquel olor, las figuen, y llenan presto el palomar. (Basil. Ep. 175.) Oh, quánto mejor hallenado los palomares de Dios el olor de los buenos exemplos! En la Vida del admirable Varon Fr. Luis de Granada, bien conocido por sus provechosos escritos, se refiere, que una noche, yendo dos mancebos à la perdicion de su torpeza, y à la torpeza de su perdicion, pasaron por la ventana de Fr. Luis, à tiempo que tomaba una tan recia disciplina, que à los golpes, derrenidos, y atonitos, (P. Rho. l. 7. c. 5. s. 22.) volviendo sobre sí, y viendo quanto mejor merecian ellos aquella penitencia, dexaron al punto su intento. Volvieronse, y à la mañana, habiendo observado bien la ventana, vinieron al Convento, preguntaron, quién vivia allí? Y entrando con muchas lágrimas, se confesaron con Fr. Luis de Granada, y desde allí vivieron una ajustadísima vida. Tanto pudo un exemplo santo.

Es verdad, que debemos distinguir entre dos generos de obras buenas. Unas que son extraordinarias, singulares, y no comunes à la persona, al estado, à la ocupacion. Esas, pues, son las que aconsejan las Escrituras, y los Santos Padres, que se hagan, en quanto se pudiere, ocultas, en lo escondido, que nadie las vea. Asi debe ser, ò por evitar en los que las ven la nota, ò en los que las hacen la vanagloria. Eso es lo que nos previene nuestra Vida Christo: *Attendite ne iustitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis.* (Matth. 6.) Mirad, que no hagais vuestras buenas obras delante de los hombres, para que ellos las vean. Hacedlas públicas, y veanlas, pero no las hagais vosotros por intencion, y por fin de que las vean para vuestro aplauso. Veianlas para el exemplo: *Ut videant opera vestra bona;* pero no querais que os miren à vosotros para la alabanza: *Ut videant*

mini ab eis. Veianlas todos, que está en eso el provecho vuestro, y de los demás: *Ut videant;* pero no butqueis con ser vistós vuestra vanagloria, que eso será vuestro mayor daño: *Ut videamini.* Bien claro explicó los dos textos S. Gregorio: *Sic autem sit opus in publico, quatenus intentio maneat in occulto, ut & de bono opere proximis praebeamus exemplum; & tamen per intentionem qua Deo soli placere quarimus, semper optemus secretum.* (Hom. 11. in Ev.) Pero hay otras obras buenas, que son comunes, que son debidas, que las hacen con notoriedad todos los que se precian de Christianos, y que si otros las dexan de hacer, es porque viven como bárbaros. Esas, pues, no solo no se han de ocultar, sino que se deben hacer con publicidad, que lo vean todos. Venir à la Iglesia, oír el Sermon, dár una ordinaria limosna, confesar, y comulgar con frecuencia, vestir con modestia, hablar con recato, asistir à las acciones públicas de piedad, y de Religion: ¿quién no vé, que ese es el debido porte del Christianismo? Pues ese ha de ser el Balsamo, que à todos derrame su buen olor, y su fragancia; que por eso se nos pone junto con el Oleo en el Sacramento de la Confirmacion, para que no solo en lo interior lo seamos, sino para que nos precieemos en lo exterior de parecer Christianos: *Quasi Balsamum aromatizans odorem dedi.*

A este olor, à esta fragancia, dexaremos corrido, y vencido al demonio. Debaxo de los arboles del Balsamo, refiere Pausanias, se suelen esconder las vivoras, pero con un efecto prodigioso, y es, que pierden tan del todo su veneno, que no hacen daño alguno, aunque muerdan. Pues ese es el efecto mas admirable del Sagrado Balsamo de la Confirmacion, quitarle su veneno à la serpiente del infierno, postrar sus fuerzas al demonio à vista de armas tan invencibles. El SS. Martyr S. Prudencio refiere, como testigo de vista, que estando aquel sacrilego Apostata Juliano ofreciendo sacrificios à sus Idolos, para que le respondiesen à no sé qué dudas los demonios, el maldito ministro, despues de despedazar las víctimas, buscándoles las entrañas, nada podia descubrir de sus malditos agüeros, (Cat. Hist. tit. 3. de Conf. Ex. 1.) hasta que impaciente arrojando los instrumentos por tierra: Oh, Emperador, le dixo, se han alejado de aqui nuestros Dioses! Nada responden. Y sin duda es porque está aqui presente alguno unguido con el Balsamo de los Christianos. Juliano entonces, arrojando muy colérico la corona: quién hay, (dixo con voz ayrada) quién hay aqui tan atrevido, que asi se atreve à hacer guerra à nuestros Dioses? Parezca en mi presencia. Entonces, con gran valor, un Soldado de su guarda: Yo soy ese (dixo) yo soy, à cuya presencia tiembla todo el infierno, porque soy Christiano, y unguido con el Sagrado Crisma. Enmudeció corrido el Emperador, y tanto, que sin hablar mas palabra, se volvió à su Palacio, y quantos alli estaban atonitos, levantaron la voz, confesando à Jesu-Christo por verdadero Dios. Lo mismo refiere Lactancio, que sucedia siem-

pre

pre que algun Christiano se ponía en presencia de los Idolos, que al punto enmudecian corridos los demonios. Y si tanto puede este balsamo fantissimo contra los enemigos tan perversos, logremos sus armas para librarnos de sus astucias.

Refiere Fray Thomás de Cantimprato, que oyó al Venerable Bonifacio, Obispo Laufenense este sucefo. (Cantimp. l. 2. apam. c. 57.) Havia en cierta Villa de su Obispado una guarda de ganado mayor, un Baquero, que guardaba las bacas de todos los vecinos de la Villa, y era totalmente ciego. Ciego, y podia guardar el ganado? Pues de eso se admiran? Sacaba éste todos los dias el ganado de los corrales, sin que le faltase ninguna res, porque al punto que la echaba menos, la buscaba, y la traía; llevaba el ganado sin dexar que hiciesen daño alguno en los sembrados, porque si alguno se desmandaba, lo apartaba al punto: sabia distinguir en las Dehesas donde havia mejor pasto, y alli lo conducia; ¿no es prodigio? Pues aun mas falta, que si le pedian que traxese tal baca de tal color, iba sin errar, y la sacaba, aquella, y no otra, y la traía al punto. Ciego, y que juzgaba de colores? Esto parece cosa del diablo; sí lo era. Llegó à aquella Villa el Obispo Bonifacio, oyó el prodigio, y admirado, llamó al ciego; preguntóle si era Christiano? Respondió que sí, y que estaba bautizado; preguntóle si estaba tambien confirmado? Dixo que no; y el Obispo, haciendo traer el Sagrado Crisma, lo confirmó, y al punto perdió el tino, y conocimiento, y no pudo hacer mas lo que antes hacía, que todo era astucia del demonio sin que él tuviese culpa. Perdió la vista del diablo; dichosa pérdida! Oh, y si la perdiéramos todos para no atender, ni mirar tanto à respetos viles, que nos dañan, para mirar solo al bien del alma propria, y de los proximos, para lograr así la mejor vista de Dios en la Gloria!



PLATICA III.

DE LA FORMA, Y CEREMONIAS de la Confirmacion, y empeño en que nos pone de no avergonzarnos de Jesu-Christo.

Dia, en que se nos dieron vacaciones de Doctrinas, à 4. de Septiembre de 1692.

NO hay escudo de armas, sin que se haya maneado primero por armas el escudo; el mismo que en la batalla se embraza para la defensa, es luego campo donde se gravan las insignias de la gloria. Escudo de armas llamaron à aquel que acuerda de los antepasados los hechos mas heroycos, porque el mismo escudo, donde se re-

cibieron los golpes, ahí es donde se eternizan los tymbres. El escudo que se opuso delante à las heridas fue para que sus puntas gravaran en sus campos los quarteles de su honra. Esas son las que gloriosamente las mas veces desvanecida, ostenta por sus armas la nobleza del mundo; mas cuáles son las armas de los nobles del Cielo, de todos los Christianos, digo, cuáles son sus armas? Una espada, y un broquel en el perpetuo manejo de su defensa: y una espada que quedará eternamente gravada en un broquel, por escudo glorioso de su honra: la Cruz digo: esa es la espada, y esa es tambien el tymbre de un Christiano, gravado en el escudo de azero; en el caracter, quiero decir, que eternamente indeleble nos imprime en el alma el Santo Sacramento de la Confirmacion: escudo que dandosenos este Sacramento para nuestra defensa, en él hemos de ostentar la Cruz para nuestra honra. Las mugeres de Lacedemonia, refiere San Basilio, quando llegado el hijo à edad juvenil lo enviaban à la guerra, abrazandole la madre por su propria mano el escudo, le hacia luego su razonamiento. (Basil. orat. 4.) Y qué pensais que le diria? Qué le podia decir una madre à un hijo quando se le ausentaba à tantos peligros? Hijo, le diria, hijo de mis entrañas, mira por tu vida, que vá pendiente la mia de la tuya, no te pongas en los peligros, evita quanto pudieres los riesgos, y si llega el caso de aprieto, huye, siquiera porque yo te vuelva à vér. Estas, ò tales cosas le diria, dandole los últimos abrazos, nada menos. Quitad. Antes puesta muy de severidad la Griega, acabandole de poner el escudo al mancebo: oyes hijo, en dos palabras: *O con este, ò en este: Aut cum hoc, aut in hoc.* No te digo mas, anda. Y qué le queria decir? Yo lo diré: era la mayor infamia soltar en la batalla el escudo de la mano, que era confesarse vencido; era por el contrario costumbre, que al que peleando moria, lo enterraban atravesado en su mismo escudo, que le servia de atahud: *Impositum scuto referunt Pallanta frequentes,* dixo el Poeta. Ahora, pues, entenderán aquellas dos palabras, oyes hijo, decía la Griega matrona, apuntando el escudo; ò con este: ò en este has de volver à mi presencia, ò con este vencedor, ò en este muerto, ò con este abrazado para tu honra, ò en este atravesado para la sepultura: *Aut cum hoc, aut in hoc;* y no siendo así, no tienes que volverme à vér.

¡Oh, quánto con mas temeroso cargo nos dice à todos esto nuestra Madre la Iglesia, al ponernos para la espiritual batalla el escudo: al imprimirnos digo, en el alma el sagrado caracter, que nos imprime el Sacramento de la Confirmacion, distinto de aquel que nos imprimió en el Bautismo, pues si aquel nos dexó la señal de la mejor vida, este nos grava la señal de las armas, para la mas gloriosa peléa, divisa tan firme, señal tan indeleble, que no pudiendole jamás borrar del alma, por eso, ni podemos recibir dos veces este

Sa-

Sacramento. Yá, pues, Christianos: *Aut cum hoc, aut in hoc*, ò con éste, ò en éste, ò con este escudo, para batallar brioso, ò en éste para que te sirva de atahud el mas funesto: ò con éste para conseguir las victorias, que serán eternamente gloriosas; ò en éste padecer la deshonra, que será con eterna infamia. O con éste el Cielo, ò en éste el infierno: *Aut cum hoc, aut in hoc*. No hay medio, ò la eterna deshonra en éste, ò con éste la eterna gloria. Alto, pues, si ésta es la venera, la insignia, y la divisa de nuestra Christiana caballeria, de la nobleza de los Soldados de Christo, ¿cómo debemos preciarnos de ella? Yá nos lo dirá la forma de este Sacramento.

Prevenida, pues, la materia remota, que como dixé ya, es el sagrado Crisma, y teniendo el Padrino (que debe ser uno solo) al que se confirma, y que contrae parentesco espiritual, del mismo modo que ya dixé en el Bautismo, contrae, digo, ese parentesco con el confirmado, y con su padre, y madre. Unge, pues, el Obispo en la frente con el Sagrado Crisma en forma de Cruz, diciendo estas palabras, que son la forma de este Sacramento: *Signo te signo Crucis, & confirmo te Crismate salutis, in nomine Patris, & Filii, & Spiritus Sancti*. Te señalo con la señal de la Cruz, y te confirmo con el Crisma de la salud, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Expresa lo primero, dice aquí Santo Tomás, qual es la soberana causa de donde en el alma proceden efectos tan admirables. (D. Th. 3. p. q. 72. art. 4.) que es la Santísima Trinidad, unico principio, y fuente de todos nuestros bienes, por eso la invoca: *En el nombre del Padre, &c.* Expresa lo segundo el efecto prodigioso que hace en el alma este Sacramento, que es aumentar la gracia recibida en el Bautismo, darle su plenitud, corroborarle las fuerzas, para que se tenga firme en las espirituales batallas. Eso dicen, y eso hacen estas palabras; (que como ya dixé en las palabras de la forma de los Sacramentos, el decir es hacer; lo que suena al oído hace el eco en el alma) eso, pues, dicen, y eso hacen estas palabras: *Te confirmo con el Crisma de la salud*. No es esto, pues, ni así lo entenderan, lo que los Theologos dicen de algunos Santos, à quienes por especialísimo privilegio afirman, que fueron confirmados en gracia, como de la Santísima Virgen, y de los Apóstoles; y quieren decir, que de modo fueron prevenidos de auxilios de Dios tan eficaces, que no podían ya perder la gracia, no; ese fue singularísimo privilegio. Nos confirma, pues, este Sacramento, dándonos, si lo recibimos en gracia, y mientras no le ponemos el embarazo de la culpa mortal, dándonos, digo, el aumento de la gracia santificante, y además la gracia sacramental propia de este Sacramento, que son los auxilios, que por él nos previene Dios para las ocasiones de confesar nuestra Fé, de preciarnos de Christianos, de gloriarnos de la Cruz. Eso es, pues, lo tercero que nos expresa la forma, dice el Angelico Doctor, ponerme con la Cruz en la

frente la señal, y la divisa de nuestra gloriosa milicia: *Te señalo con la señal de la Cruz*.

¿La Cruz en la frente? Sí: uno, y otro es de esencia de este Sacramento, que con el Crisma se forma la Cruz, y que esto sea en la frente. ¿Por qué será? Dícenoslo el S. Concilio Florentino: *Ideo in fronte, ubi verecundia sedis est, confirmandus inungetur, ne Christi nomen confiteri, erubescat, & precipue Crucem ejus*. Lo mismo nos enseña San Agustín, y lo mismo Sto. Tomás: *Ideo in fronte, ut neque propter timorem, neque propter erubescenciam nomen Christi confiteri prætermittat*. (D. Th. 3. p. q. 72. art. 9.) Es la frente el asiento, y lugar de la vergüenza, por allí afoma la vergüenza sus colores; pues ahí ha de ser donde se fixe la Cruz, para que nadie se avergüence de parecer Christiano. No basta à todas veces serlo con el corazón: *Corde creditur ad justitiam*, que eso se queda en lo escondido, no à todas veces basta serlo con la boca confesando la Fé: *Ore autem confessio fit ad salutem*, que esa à lo menos pudiera aguardar à que lo pregunten: hay ocasiones, en que ha de ser cada uno, y mostrarse Christiano en la frente, en lo público, con notoriedad, de modo, que mirarlo, solo baste para decir, éste es Christiano, sin que pueda encubrirlo: *Usque adeo de Cruce non erubescio*, dice S. Agustín, *ut non in occulto loco habeam Crucem sed in fronte portem*. (Aug. in Ps. 141.) Christiano à cara descubierta; y tanto, que por este renombre glorioso, ni los tormentos, ni las injurias, ni las mayores afrentas has de temer. Por eso luego el Obispo dá al confirmado una bofetada: *Ut meminerit*, dice el Cathecismo Romano, *se tamquam fortem atletam paratum esse oportere ad omnia adversa invictio animo pro Christi nomine ferenda*; para que se acuerde de que si una bofetada se tiene en el mundo por la mayor afrenta, esa padecida por Christo, es honra.

Pero todo esto me dirán, para qué? Yá se acabaron las persecuciones de la Iglesia, yá no hay aquellos tan perversos Tyranos enemigos de nuestra Fé, que dieron tantos millones de Martyres al Cielo, vivimos por infinita dicha nuestra libres tambien de los malditos hereges, que tanto han turbado otros Reynos. Estamos en paz, de modo, que en toda una vida nunca se nos ofrece batallar, ni pelear por nuestra Fé, haciendo en los tribunales, ò en las disputas públicas profesion de Christianos. ¿Pues para qué son estas armas de la Confirmacion, estas fuerzas, estas prevenciones, si estamos tan en paz? Tan en paz? Pues nunca ha tenido la Iglesia mas terrible persecucion. ¿Tan en paz? Pues nunca ha tenido mas perversos enemigos el Christianismo: Enemigos? Perseguidores, y peores que los Nerones, y Dioclecianos? Y peores que los hereges? Sí. Y entre nosotros? Entre nosotros. Quiénes serán? Oygan primero exclamar à S. Bernardo: *Charitas refrigescit, & meritò nunc clamat Ecclesia: Ecce amaritudo in pace mea amarissima*. (Sanct. Bernard. sem. ad PP. in Conc. Rhem.) Tan resfriada está la caridad, tan elado el fervor, que con mucha razon clama la Iglesia:

ves aquí que en esta que parece paz, es mi amargura amarguísima. ¿Amarguísima? Sí, explica el mismo Santo: en aquellas persecuciones de los Tyranos, dice la Iglesia, fue mi amargura *amarga solo*, porque era amarga la persecucion; pero en ella se lograron tantos millones de almas de Martyres. Despues en las persecuciones de los Hereges, fue mi amargura *mas amarga*, porque además de lo amargo de la persecucion, se perdian engañadas algunas almas; pero ahora que se acabaron aquellas persecuciones, en esta paz es mi amargura *amarguísima*, porque yá, no los Tyranos, no los Hereges, sino los unos Christianos, persiguiendo la virtud de los otros Christianos con risas, con apodos, con dichos: lo que se sigue las mas veces es, que los perseguidos se avergüenzan de la virtud, la dexan, y se pierden, y que los perseguidores fomentan los vicios, los siguen, y se condenan.

Hay, pues, de estos perseguidores del Christianismo, oh cuántos! Todo el mundo no es hoy otra cosa, que perseguidores de la virtud, y perseguidos por la virtud. Al que teme à Dios, lo desprecia, lo burla, y lo mofa, el que viviendo como una bestia, no sabe, según sus pasos, si es Christiano: *Timens Deum despiciatur ab eo, qui infami graditur via*, dice el Espíritu Santo: Los impíos, que ni de Dios se acuerdan, ni de la Iglesia, ni de los Sacramentos, abominan de los que van por el camino derecho: *Abominantur impie eos, qui recta sunt via*, vuelve à decir el Espíritu Sto. ¿Y cuánto hay de esto? ¡Oh, Dios! Los maridos impíos con las mugeres piadosas; los parientes con los parientes; los estraños con los estraños: Miren, dicen, el gazmoño, miren la embusteria; ¿para qué tanto confesarse? Para qué tanto ir à la Iglesia? ¡Ah, pobres almas! ¿Y qué se sigue de aquí? Que no poeas se avergüencen de Jesu-Christo, y que el diablo tenga en eso su cosecha: *Plerique, dice S. Agustín, tantum valent irrisionibus suis, ut infirmos de Christi nomine erubescere faciant*. Pues si hay esta persecucion, peor que la de los Tyranos, y Hereges, para eso se nos pone, almas nobles, almas generosas, para eso se nos pone en la Confirmacion la Cruz en la frente, para que no nos avergoncemos de parecer à lo público Christianos en nuestras obras, para que despreciemos dichos necios, pues allí vemos, que es honra una bofetada. Esta sí que será la confesion mas gloriosa de nuestra Fé, para que allí se nos dán las fuerzas, dice S. Cypriano: *Tunc omne Fidei robur expenditur, cum in sermones vulgi, atque in opprobrium veneris, cumque contra illas populares insanas religiosa mente firmaveris*. (Cypr. de Land. Mart.) Esto sí, que será confesar la Fé, seguir la virtud, despreciando habillitas del vulgo, no haciendo caso de populares necesidades, persistiendo firme à pesar de persecuciones.

San Henrique Sufon, aquella Estrella luminosa del Cielo Dominico, estaba una vez meditando en aquellas palabras de Job: *Militia est vita hominis super terram*; la vida del hombre es milicia, quando arrebatado de sus sentidos, vió un Angel,

que se le puso delante, y que le traía escudo, lanza, morrión, y otras armas, (*In ejus vita*); ¿Qué es esto? preguntó: que hasta aquí has sido Soldado de à pie, (le dixo el Angel) y yá quiere el Señor, que seas Soldado de à caballo, y para eso traygo estas armas; quiero decir, que aunque hasta aquí has peleado contra tí mismo con disciplinas, filicios, ayunos, y penitencias; pero nadie ha peleado contra tí: ahora se armarán contra tí las lenguas, que te tirarán los golpes à lo mas vivo de la honra, con dichos, apodos, y murmuraciones; hasta aquí has sido tú tu enemigo, ahora se armarán todos contra tí; mira si tienes valor: admitió al punto. Al dia siguiente, con interior impulso, afomóse à una ventena, que caía al Claustro de su Convento, y vió un perro, que con un trapo viejo entre los dientes, corría por todas partes, yá lo tiraba, yá lo cogía, yá lo despedazaba, yá lo pisaba. Estabafelo mirando Henrico. Le gritó el Angel, ¿ese eres tú, así te han de traer en las bocas los tuyos, y los estraños. Baxó al punto, cogió aquel andrajo por señal, y divisa de su Cruz, pufoselo sobre el corazón, y luego empezaron contra él la batalla las malas lenguas, que manteniendo su constancia, le labraron gloriosísimas coronas.

¡Oh, almas, infinitamente dichosas, las que así, à pesar de las lenguas, no se avergonzaren de Jesu-Christo! Esta es, almas, vuestra batalla, y esta ha de ser vuestra corona. Ríanse los impíos, murmuren, digan, que llegará dia, en que clamen desengañados, yá sin provecho en el infierno: *Nos insensati vitam illorum existimabamus insaniam*. Nosotros eramos los necios, nosotros los insensatos, quando teniamos por locura la vida de aquellos; pero yá los vemos entre los hijos de Dios: *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*. Profeguid con aliento, y decid con David: *In medio Ecclesie laudabo te, in medio multorum laudabo eum*. A vista de todos seré del vando de Jesu-Christo. Y si Dios os alaba, ¿qué importa, que esas malditas lenguas os muerdan? Si Dios os está aplaudiendo, ¿qué importa, que parezcáis mal à los impíos? Si Dios os está echando sus bendiciones, ¿qué importa, que ellos maldigan? *Maledicent te illi, & tu benedices*. (Psal. 28.) ¿Vistes al Rey de Francia Luis? (preguntaba à un Embaxador suyo el Duque de Geldria, y hablaba de San Luis, Rey de Francia) Vi, respondió aquel muy chocarrero, haciendo mofa de la virtud; (*Spec. Ex. v. Deridere, ex. 1.*) vi aquel apocado, y desdichado Rey con su cabeza inclinada, y su cuello torcido. Torciólo él remedandolo; y en verdad, que así se quedó por toda su vida; y sin poder mas levantar la cabeza. Haced irrision de los Justos, que bien à punto tiene Dios prevenidos los castigos: *Parata sunt derisoribus judicia*. En la vida de San Proyecto se refiere; (*Spec. v. Abstinencia, ex. 10.*) que sentado él con otros muchos à la mesa, el Santo, y tres de sus compañeros ayunaban, y por eso dexaron los manjares de carne. Empezaron los otros à hacer burla, à decir dichos necios, cómo se